

ALFONSO PINILLA GARCÍA

LA TRANSICIÓN
EN ESPAÑA
ESPAÑA EN TRANSICIÓN

HISTORIA RECIENTE DE NUESTRA
DEMOCRACIA

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alfonso Pinilla García, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-540-9
Depósito Legal: M. 21.603-2021
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Carlos, Daniel y Rosa,
por las tardes «robadas».*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. ¿POR QUÉ ESTE LIBRO?	13
--	----

PRIMERA PARTE LA TRANSICIÓN EN ESPAÑA

1. «25 AÑOS DE PAZ». AMPLIFICACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA DICTADURA (1959-1973)	19
Autarquía, estabilización, crecimiento	19
La sociedad se transforma	24
2. «LA TIERRA TIEMBLA BAJO NUESTROS PIES». LOS DESAJUSTES DEL FRANQUISMO (1973-1975)	35
Crisis económica y anacronismo político	36
La movilización obrera	39
La oposición a la dictadura	42
Universidad, barrios, mujeres... contra Franco	49
El conflicto con la Iglesia	52
La oposición de los nacionalismos	57
Un régimen acorralado y aislado	64
La muerte de Franco, el último desajuste	71

3. «DE LA LEY A LA LEY». EL CAMBIO DE RÉGIMEN (1976-1978)	75
Un régimen dividido.....	75
El primer gobierno del nuevo rey.....	80
Adolfo Suárez: ese caballo de Troya de la Reforma.....	88
La legalización del PCE	96
«Habla pueblo, habla».....	105
Cortes constituyentes, apuesta por la reconciliación	114
Los Pactos de la Moncloa. Consenso económico y político	118
De las Autonomías a Europa.....	123
La Constitución de 1978	126
4. «LA DEMOCRACIA NO SOPORTA A SUÁREZ». EL FIN DEL CON- SENSO (1979-1980)	139
Nuevas elecciones	140
La Autonomía en marcha.....	144
Crisis económica, inestabilidad social.....	147
Una política exterior sin consenso.....	150
Las conspiraciones militares contra Suárez	153
Suárez se desmorona: la conspiración político-militar	160
5. «QUIETO TODO EL MUNDO». LA DEMOCRACIA EN PELIGRO (1981-1982)	173
Vacío de poder.....	174
Luz verde para el golpe	178
Calvo Sotelo, presidente	191

SEGUNDA PARTE
ESPAÑA EN TRANSICIÓN

6. «A ESPAÑA NO LA VA A CONOCER...» MODERNIZACIÓN ECO- NÓMICA E INTEGRACIÓN EN EUROPA.....	205
Ajuste y modernización (1982-1992).....	205
El desarrollo del Estado del Bienestar.....	223
Recuperación económica y convergencia hacia Maastricht (1994-2007) ...	226
La integración de España en las Comunidades Europeas.....	237
La permanencia en la OTAN.....	240
España gana peso internacional.....	244
Del atlantismo a la irrelevancia	249

7. «NO NOS REPRESENTAN». LA DEMOCRACIA DESLEGITIMADA	253
La gran crisis económica	253
La corrupción	264
Desencanto e indignación. El 15-M.....	283
8. «EL CANDADO DE LA TRANSICIÓN». ALTERNATIVAS AL MODELO DE 1978	291
Olvido, memoria, legitimidad.....	292
Vieja política, nueva política.....	303
9. «LAZOS AMARILLOS». EL DESAFÍO NACIONALISTA.....	321
Desarrollo y consolidación del Estado Autonómico. El posible «encaje» de los nacionalismos	322
El modelo autonómico según los nacionalistas: de la validez a la insuficiencia (1986-1992)	328
El encaje imposible (1993-2000)	339
La deriva soberanista en pleno siglo XXI	348
«El procés»	357
EPÍLOGO. «NADA ES PERMANENTE, EXCEPTO EL CAMBIO».....	375
BIBLIOGRAFÍA	391
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	401

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Cuando estamos en crisis, nos preguntamos si las decisiones tomadas ayer fueron las correctas, cómo hemos llegado hasta aquí, en qué nos equivocamos y en qué acertamos, si aprenderemos de nuestros errores o si ha llegado el momento de dar un giro de 180 grados a nuestra existencia. Estas inquietudes personales son aplicables, también, a las sociedades cuando se enfrentan a situaciones críticas.

Este libro parte de una tesis y obedece a un objetivo. La tesis es que la democracia surgida en 1978 está en crisis. Muchas fuerzas políticas deslegitiman la Transición que la propició. Y el debate se acrecienta en un contexto donde la pandemia del coronavirus, la crisis económica, los continuos casos de corrupción o la dinámica centrífuga introducida por los nacionalismos ponen en peligro el sistema definido por la Carta Magna. Partiendo de esta realidad, y en un momento de intensa polarización política en nuestro país, el objetivo de esta obra es ofrecer un relato histórico de la Transición con sus aciertos y errores, con sus luces y sombras; un relato fiel a los hechos que permita traslucir la complejidad de aquel proceso donde la dictadura franquista mutó en democracia.

Si abordamos la complejidad de una época, debemos rechazar tanto su idealización como su demonización, apostando por el matiz que surge cuando exploramos las múltiples caras de la Historia. La Transición tuvo muchas caras, y diversos actores políticos compitieron entonces para sobrevivir a una época —el franquismo— agotada en sí misma y abocada a la inevitable evolución. La Transición es una historia de supervivencia política donde el presente dialogó con el pasado para esbozar futuros inciertos, que solo irían concretándose a base de pactos y en medio de serias tensiones. Porque en el tránsito de la dictadura a la democracia primó la concordia, pero también se produjeron actos violentos a izquierda y derecha del espectro político.

Si hemos asumido la complejidad y renunciado a la propaganda, concluiremos que la Transición plantea múltiples «asignaturas pendientes» —el difícil «encaje» de los nacionalismos en la nueva democracia, por ejemplo— que todavía no hemos aprobado. Y es que aquel cambio de régimen alumbró una democracia que pronto hubo de afrontar un profundo proceso de modernización económica y no pocos desajustes políticos. Después de cuarenta años bajo un sistema dictatorial, los españoles habíamos de aprender a vivir en libertad, a pensar sin encorsetamientos, a discutir y discrepar desde el respeto a la ley. A confrontar, en fin, distintos modelos de país sin que las costuras del nuevo marco de convivencia definido tras la muerte de Franco se rompieran. Y no siempre fue fácil. La incapacidad de llegar a acuerdos de Estado entre los dos grandes partidos —PSOE y PP—; la violencia ejercida por ETA durante los años más difíciles de nuestra consolidación democrática; las tensiones producidas por unas fuerzas nacionalistas que no terminaban de sentirse a gusto en el nuevo modelo autonómico, a pesar de que lo aprovechaban para consolidarse al mando de sus respectivos «feudos»; las sucesivas crisis económicas; las movilizaciones sociales provocadas por las polémicas reformas estructurales llevadas a cabo (un ejemplo paradigmático es la reconversión industrial); el drama del paro; los continuos casos de corrupción que afectaron a la clase política... fueron factores que provocaron la crisis del sistema surgido de la Transición.

Desde la promulgación de la Carta Magna en 1978, España ha vivido una de las etapas más prósperas y exitosas de su Historia. Creció económicamente, generó una mayoritaria clase media y un potente Estado del

Bienestar y se integró en Europa, a la que por tradición cultural siempre había pertenecido. Los últimos cuarenta años de nuestra Historia han supuesto un gran salto cualitativo, pero ello no debe hacernos caer en el triunfalismo, pues la acertada gestión de la crisis por la que ahora atravesamos —acrecentada por la pandemia del coronavirus— pasa por conocer mejor de dónde venimos y cómo evolucionamos, con todas las luces y sombras de ese proceso. Venimos de una dictadura, construimos una democracia y hemos cometido errores al gestionarla; errores que la ponen hoy en peligro. En las páginas de este libro encontrará el lector la historia de esos errores, pero también de los aciertos que convivieron con ellos en una época llena de cambios profundos, impredecibles y muy rápidos.

«La Transición en España» y «España en transición». El origen de un trascendental cambio político y las transformaciones que se dieron a partir de esa encrucijada. Estos son los dos objetos de estudio de esta obra, y estas son las dos partes en que está dividida. La primera parte —«La Transición en España»— se ocupa de la crisis del franquismo, de las alternativas políticas e ideológicas que surgieron, de la relación entre esas alternativas —pactando o luchando entre sí— y del resultado de esa interacción: un cambio de régimen donde la dictadura se desmanteló desde dentro y, a partir del pacto con la oposición moderada a esa dictadura, pudo forjarse una democracia con garantías. Los cinco capítulos que articulan esta primera parte dan cuenta de los aspectos fundamentales de todo ese proceso.

La segunda parte narra cómo España ha cambiado desde la Transición, cómo ha evolucionado la democracia definida en nuestra Carta Magna, atendiendo a la modernización experimentada por el país, a su crecimiento económico, a la consolidación de su Estado del Bienestar y su integración en las instituciones europeas. Para, a partir del análisis de esas luces, pasar al estudio de sus sombras: la corrupción; las crisis políticas y económicas; el ataque a los discursos de concordia que legitimaron la Transición y la democracia; el surgimiento de un desencanto creciente de los ciudadanos para con su clase política, hasta enarbolar la pancarta del «no nos representan»; la emergencia de nuevas formaciones políticas a partir de ese caldo de cultivo, algunas de las cuales impugnaron el pasado transicional, y, por último, la polémica integración de los nacionalismos «centrífugos» en el nuevo Estado. El relato, en fin, del auge y crisis de una democracia surgida del complejo cambio político acaecido en España a mitad de los

setenta del pasado siglo. Esta segunda parte del libro, titulada «España en transición», consta de cuatro capítulos que analizan los fenómenos anteriores.

En un momento en que se cuestiona la Transición, el punto de partida de nuestra democracia, resulta más necesario que nunca ofrecer un relato histórico de lo sucedido. Y como la crisis actual es el motivo de esa mirada al pasado, este libro no podía quedarse en el ayer, había de trascenderlo, ir más allá y desembocar en el presente; por eso estas páginas llegan hasta nuestros días. En ellas encontrará el lector una síntesis de los últimos cuarenta años de nuestra Historia, y en toda síntesis son inevitables los someros análisis de cuestiones que, por sí mismas, merecerían un libro aparte. Pero la pretensión de esta obra no es profundizar en cada acontecimiento, sino ofrecer una perspectiva de lo sucedido en estos más de cuarenta años, desde que la dictadura mutó en democracia, contribuyendo al debate sereno sobre nuestra reciente Historia. Y esa contribución al debate se hará desde el relato de unos hechos siempre complejos, que no se sujetan a simples ni binarias interpretaciones, porque la Historia es poliédrica y solo se comprende si comparamos las muchas caras que la componen.

PRIMERA PARTE

LA TRANSICIÓN EN ESPAÑA

CAPÍTULO 1

«25 AÑOS DE PAZ» AMPLIFICACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA DICTADURA (1959-1973)

Grandes carteles con el rostro de Franco cubren la fachada de algunos edificios oficiales. Una frase los encabeza: «25 años de paz». El régimen celebra la victoria del bando «nacional» en la Guerra Civil, la dictadura se consolida, todo parece «atado y bien atado», pero no siempre fue así... El inicio de los años cuarenta resultó muy duro. Los españoles que sobrevivieron al baño de sangre producido por aquella contienda fratricida están rotos, hambrientos, desesperados. Otros, los derrotados, emprenden el dramático camino del desarraigo y el exilio.

Autarquía, estabilización, crecimiento

España tardará en recuperarse de la Guerra Civil. La población española está empobrecida, el tejido productivo destrozado, el hambre asola la moral de una población sin horizontes. El régimen franquista apuesta por una política económica autárquica, influido por los sectores sociales que lo apoyan y por la familia política que, en estos años cuarenta, tiene un

especial peso en el Consejo de Ministros: los falangistas. Pero esa autarquía se debe, sobre todo, al aislamiento que las potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial imponen a la España de Franco.

La situación cambiará con el inicio de la Guerra Fría, cuando el mundo se convierte en un damero de ajedrez donde Estados Unidos y la Unión Soviética pugnan, en distintas zonas del planeta, por desplegar sus peones económicos, diplomáticos, militares... El falangismo cercano a Hitler y Mussolini ya no puede ser una carta de presentación que posibilite salir del aislamiento a esta España depauperada. La visión totalitaria de la economía y la sociedad propia de los falangistas irá matizándose cuando Franco, hábilmente, vaya relegándolos a lugares secundarios dentro de sus gobiernos, para sustituirlos por los católicos desde 1945. Esta «dulcificación» del régimen de cara al exterior pronto cosechará sus frutos, y en 1953 se firman los Pactos de Madrid con el «gigante americano», mediante los cuales España obtendrá ayuda económica a cambio de permitir que en su territorio vayan instalándose bases militares estadounidenses. En plena Guerra Fría, cuando las espadas entre Washington y Moscú se hallan en todo lo alto, y la pugna por el control geoestratégico del Mediterráneo resultaba crucial, el acuerdo entre Estados Unidos y la España de Franco permitía respirar a ésta en términos económicos, mientras aquellos afianzaban el control del occidente europeo.

Es cierto que la ayuda estadounidense a España resultaba muy inferior a la que sus aliados europeos recibieron gracias al Plan Marshall, pero permitió salir al país de la prolongada y desastrosa posguerra. A partir de 1953, España reaviva su economía lentamente, va saliendo del aislamiento e importa materias primas a las que antes no tenía acceso, así como bienes de equipo imprescindibles para reactivar su deteriorado tejido industrial.

La incipiente industrialización y el progresivo «despertar económico» dieron lugar a un crecimiento medio anual del Producto Nacional Bruto del 7,9% entre 1951 y 1958¹. Pero esa expansión se hallaba limitada porque, a medida que la economía iba creciendo, el país necesitaba más materias primas y productos intermedios que alimentaran la bonanza. Todo ello exigía un inevitable aumento de las importaciones que no se equili-

¹ Charles Powell, *España en democracia. 1975-2000*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002, pp. 22-28.



Actos conmemorativos del régimen franquista de los XXV Años de Paz
©EFE/Album.

braba con la débil exportación existente y la pacata ayuda estadounidense. Con una balanza exterior desequilibrada, pues los gastos eran mayores que los ingresos, a finales de la década de los cincuenta España se encontraba al borde de una suspensión de pagos exteriores, lo cual ponía en peligro el suministro de petróleo en un país cuyos recursos energéticos eran, prácticamente en su totalidad, importados.

Aprovechando la integración de España en organismos internacionales como la ONU, la OCDE o el Fondo Monetario Internacional, el gobierno tecnócrata aplicó el Plan de Estabilización en julio de 1959, un proyecto parcialmente financiado por las dos últimas instituciones arriba citadas que perseguía un desarrollo económico saneado del país, su integración en el sistema capitalista internacional, así como la estabilidad de precios para evitar serios vaivenes. La reducción del gasto público y de la oferta monetaria fue el objetivo principal del Plan en materia de política económica interior. Respecto al exterior, el proyecto pasaba por devaluar la peseta para favorecer las exportaciones, disminuir en la medida de lo posible las importaciones y apostar por la liberalización que favoreciera la inversión extranjera.

Aunque, a corto plazo, la aplicación del Plan de Estabilización generó una leve parálisis de la actividad económica, un repunte del paro y una ligera pérdida del poder adquisitivo de los españoles, es cierto que, tras estas primeras «marejadas», sus efectos no se hicieron esperar. Así, entre 1960 y 1970, la economía española creció a un ritmo anual del 7 %, cifra solo superada por el Japón de aquellos años. Si bien este crecimiento explosivo bajaría el ritmo a mediados de los setenta —el 5 % en 1974, el 1,1 % en 1975—, lo cierto es que el Plan estaba funcionando, porque se había disipado el fantasma de la bancarrota financiera, la reserva de divisas se recuperaba y la inversión extranjera aumentaba, en relación con los años precedentes. De hecho, entre 1960 y 1972, esta inversión extranjera se multiplicó por 15, y a España llegaron capitales por valor de unos 7.000 millones de dólares, de los cuales el 40 % eran estadounidenses, el 17 % suizos, el 10 % procedía de la República Federal de Alemania y otro 10 % venía del Reino Unido de Gran Bretaña².

² Julio Tascón, «Las inversiones extranjeras en España durante el franquismo: para un Estado de la cuestión», en *Pasado y Memoria, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 1,

A todo este desarrollo económico contribuía un contexto internacional favorable, con un mercado en expansión, caracterizado por el descenso en los precios de las materias primas, la energía y la tecnología. Al hilo de esta prosperidad, la estructura económica de España cambió durante los años sesenta, al reducirse su sector agrícola —del 22,6% del PIB en 1960 al 11,6% en 1973— y aumentar el peso de la industria —del 36,6 al 38,9%— y los servicios (del 40,8 al 49,65%). La España eminentemente agraria que había inaugurado el siglo xx se convertía, en su último tercio, en un país progresivamente industrializado, con un sector terciario muy potente y cada vez más diversificado³.

La «joya de la corona» del Plan de Estabilización, su herramienta dinamizadora fundamental, fue, sin duda, el turismo. A principios de la década de los sesenta llegaban a España unos 6 millones de turistas que, al iniciarse los años setenta, ya alcanzaban la cifra de 34,5 millones. Los ingresos aportados por estos visitantes, ansiosos por disfrutar de las soleadas costas de nuestro país, crecieron exponencialmente: de los 297 millones al iniciarse los sesenta a los 3.091 millones cuando terminaba la década. Con la avalancha de turistas se financió el persistente déficit comercial español, fue posible la intensa generación de empleo y, además, sectores como la construcción, el transporte y las comunicaciones experimentaron un crecimiento espectacular.

Al mismo tiempo que llegaban turistas, miles de trabajadores españoles abandonaban su país e iniciaban una aventura más allá de nuestras fronteras en busca de mejores sueldos y condiciones de vida. Francia, Alemania y Suiza fueron los destinos más elegidos, con una salida hacia estos países de unos 100.000 emigrantes por año entre 1960 y 1972, lo que suponía alrededor del 10% de la fuerza de trabajo española. Tal «éxodo» tuvo como consecuencia la caída del paro interior hasta la cifra ínfima de un 2% de desempleo con respecto a la población activa durante los sesenta. La salida de trabajadores hacia el exterior supuso un descenso del paro y, a la vez, un considerable ascenso de la remesa de divisas, con unos 6.000

Alicante, Departamento de Humanidades Contemporáneas, Universidad de Alicante, pp. 5-26, 2002.

³ Enrique Moradiellos, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 137-148.

millones de dólares aportados por los emigrantes españoles, lo cual suponía el 12 % del total de ingresos del país⁴.

Un desarrollo económico tan considerable, dado en menos de diez años, no solo cambiaría la estructura material de España, sino que pronto repercutiría en su sociedad.

La sociedad se transforma

En tan solo quince años, de 1960 a 1975, la población española crece en 5 millones de personas. De los 30,43 millones de habitantes en 1960, pasamos a 33,82 en 1970 y a 34,4 millones en 1975. La disparada tasa de natalidad, fenómeno que se conocería como *baby boom*, explicaba este crecimiento exponencial de la población⁵.

Había cambiado la estructura productiva del país y, al socaire de tal transformación, también mutaban las ocupaciones de los españoles. Mientras que en 1960 la agricultura ocupaba al 39,8 % de la población activa, en 1970 el porcentaje bajaba al 24,9. Las actividades boyantes eran la industria y, sobre todo, los servicios. La primera experimentó una subida del 28,6 % de ocupación en 1960 al 37,3 en 1970. En cuanto a los servicios, el 27 % de ocupación registrado en 1960 ascendía diez años después al 36,5 %⁶.

Un trasvase así pronto se hizo notar en la intensa urbanización vivida por España en la década de los sesenta, acompañada de un considerable éxodo rural que fue dejando al campo prácticamente vacío. A principios de 1970, la mitad de los habitantes residía en las ciudades, donde aparecieron nuevos barrios de inmigración obrera en los arrabales del perímetro urbano. En estos «bosques de chabolas», así como en las «ciudades dormitorio» surgidas en la periferia urbana, florecería el movimiento vecinal, tan importante para entender la poliédrica agitación social que acompañó a la Transición española.

⁴ J. Rodríguez Osuna, *Población y desarrollo en España*, Madrid, Cupsa, 1978, pp. 62-76.

⁵ Fernando Sánchez Marroyo, *La España del siglo xx. Economía, demografía y sociedad*, Madrid, Istmo, 2003, pp. 353-365.

⁶ Enrique Moradiellos, *La España de Franco, op. cit.*, p. 139.

En aquellos años, muchos españoles decidieron dejar el campo para buscar un mejor futuro en la ciudad, generando intensas corrientes migratorias interiores. Andalucía, Galicia, Extremadura, las dos Castillas o Murcia iban vaciándose mientras los antiguos jornaleros, pequeños propietarios y humildes ganaderos se instalaban en Barcelona, Madrid, Valencia o Vizcaya. Entre 1962 y 1975, estas cuatro provincias absorbían el 53,7 % de la emigración interior española.

Este fenómeno produjo evidentes desequilibrios territoriales, pues las provincias receptoras se desarrollaban económicamente mientras que las emisoras languidecían, sin apenas población y mano de obra. Tanto las islas Baleares como las Canarias habrían compartido el mismo destino del campo español si el turismo no las hubiera reactivado, convirtiéndolas en focos de atracción poblacional. Los españoles empezaron a concentrarse en zonas costeras como Cataluña, el País Vasco y Valencia. En el interior, Madrid seguía atrayendo masivos contingentes poblacionales, como lo demuestra el hecho de que solo en 25 años, entre 1950 y 1975, recibiera a más de un millón de habitantes. A la altura de 1970, dos tercios de la población española habitaba en núcleos urbanos de más de 10.000 habitantes, y casi la mitad, en ciudades de más de 50.000. La concentración de la población en grandes urbes aumentaría con el tiempo, pues en 1975 la población que vivía en municipios de más de 100.000 habitantes ascendía al 38 %, y cinco ciudades españolas —Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Zaragoza— superaban ya el medio millón de habitantes. El «desierto demográfico» que acarreo esta concentración urbana pronto se experimentó en zonas como las dos Castillas o Extremadura. Ávila, Palencia, Soria, Segovia y Zamora tenían menos habitantes en 1975 que en 1900, aunque la población española había pasado de 18 millones a principios del siglo xx a casi 35 millones a mediados de los setenta⁷.

El abandono del campo supuso la eliminación de un gran número de explotaciones agrarias, lo cual terminaría con la «superpoblación jornalera» que tanta agitación social produjo en el campo español durante los siglos xix y xx. Tanto la emigración como la industrialización experimen-

⁷ V. Bielza de Ory (coord.), *Territorio y sociedad en España. II. Geografía Humana*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 142-168.